

XXXI Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"  
- Antonio Segado del Olmo -  
2015

LOS VIEJOS TAMBIÉN LLORAN  
JOSEFINA SOLANO MALDONADO

ACCÉSIT

El 17 de Julio de 2015,  
el jurado del Concurso de Cuentos  
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,  
compuesto por Luis Antonio de Villena,  
Ignacio Martín Lerma, Mari Ángeles Rodríguez Alonso,  
Natxo Vidal Guardiola, Fernando Fernández Villa  
y José María López Ballesta, otorgaron el Accésit de la  
trigésima primera edición al cuento titulado Los viejos  
también lloran, de Josefina Solano Maldonado.

**Josefina Solano Maldonado**, nació en Alhaurín el Grande (Málaga) en 1970, es Licenciada en Filología Clásica y Filología Hispánica. Su trayectoria como escritora ha contado con el reconocimiento de autores tales como Francisco Ayala, José Antonio Garriga Vela, Araceli Simón o el poeta cordobés Alejandro López Andrada entre otros muchos.

Ha sido premiada en más de un centenar de certámenes Literarios a nivel Nacional e Internacional. Podemos destacar el Premio Internacional de Narrativa "Vivir", el XIV Premio Internacional de Narrativa "Ciudad de Torremolinos", obtuvo el Premio Internacional de Narrativa "Clarín" en Asturias donde recibió el galardón de manos de Cristina Alas, la nieta de Leopoldo Alas "Clarín". Por citar algunos otros premios reseñamos el Premio Internacional de Poesía "Hilario Ángel Calero" en Córdoba, el Premio de Narrativa del Ateneo Cultural de Madrid, el Premio de narrativa "Argaya" en Valladolid, el Premio de Narrativa "Villa de Guardo" (Palencia), o el Premio de Narrativa "María Teresa Rodríguez" del Lar Gallego de Sevilla.

Su novela La memoria de los árboles recibió el VI Premio de Novela "Comarca del Maestrazgo".

Ha colaborado con el Centro Andaluz de las Letras y en diferentes medios de comunicación. Fue la fundadora y directora de la revista cultural La victoria de Sísifo.

## LOS VIEJOS TAMBIÉN LLORAN

### NOTIFICACIÓN

Para Don Anastasio Puentes Cortina

Debido al impago mensual de la hipoteca por parte de su hijo D. Pablo Puentes Velas, dentro de cinco días, se procederá al desalojo y embargo de la vivienda, sita en C/Algarabía 9, con la que fue avalado el préstamo.

Estimados señores quienes quieran que sean:

En breve pasaré a formar parte de esa cohorte de viejos que no sabe cómo tragarse el agua en la que se está ahogando. A ratos pienso que no sé dónde iré, no me quedan fuerzas para comenzar de nuevo. Hace dos meses Pablo, mi único hijo, se suicidó saltando desde un puente. Esperanza, mi esposa, hace tres años que murió. Miro mis pies y mis rodillas, mi sexo y mis cartílagos, miro de arriba abajo esta fraterna máquina de morir que ha puesto ya en marcha todo su mecanismo. Para mí todas las ilusiones se coagulan en los ojos de las ratas, ya no me dejo arrastrar por el incendio emocional de los teoremas y el bosque de hoja caduca de los periódicos. Sólo me pertenecen mis huesos y mis canas, mi sombra y mi insignificancia. Uso ese particular baremo moral que tenemos los viejos para calibrar la existencia, y creo firmemente que cada proposición que nos hacen es una trampa para todos aquellos que viven de certezas manipuladas.

Ya hace mucho tiempo que me convencí de la inutilidad de las doctrinas como factor de redención, la sociedad se ha ido degradando hasta quedar dominada por relaciones mecánicas de intereses, vilezas y majaderías. Ya no guardo la máscara del otro que fui cuando aún sabía qué hacer con la diplomacia florentina y la vaciedad. A mi edad todo consiste en mirar el envés de las certezas para comprobar que el cansancio adquiere un estilo toxicómano parecido al asco de vivir que tienen los viejos payasos de circo.

Por momentos pienso que ya no me queda artillería para iniciar el rearme moral de la conquista porque ya no quedan conquistas, ni embates, ni treguas,

nada queda para la miserable existencia de un perro viejo que tiene el corazón en carne viva. Estoy tan desplazado que mi alma está ahora hecha trizas, con todas sus fibras al descubierto.

Dentro de poco saldré de esta casa, oiré la puerta cerrándose a mis espaldas, y de nuevo tendré la amarga sensación de haber perdido la partida. Jaque mate. Será otra vez la victoria de esos idiotas alegres que venden felicidad envasada al vacío, otra vez la victoria de esos predicadores imbéciles que intentan convertir sus palabras en ansiolíticos para la humanidad. Esta ya no es mi casa y yo soy el actor que ejecuta su último papel sobre las tablas de un teatro que no me pertenece. ¿Qué papel? ¿Otelo, Quasimodo, Edipo, don Quijote? Es difícil de saber. Tengo genes de cada uno de ellos, pero siento que me falta la épica de sus tragedias. Me cuesta seguir danzando en el teatro viejo de la vida, porque ahora los héroes son los que encuentran refugio en las naderías y en toda esa anestesia vital que da vueltas sobre lo mismo, como una vieja noria tirada por rucios mohínos que repiten una y otra vez la trayectoria.

Recuerdo aquellas horas en que caminaba por la ciudad de una forma que me hubiera gustado retener para siempre. Entonces yo era todavía un hombre fronterizo, que estiraba los gestos sin perder jamás la compostura, tierno sin llegar a ser blando; era el hombre que creía aún que la muerte me llegaría con ese honor que signa a los que una vez lucharon para cambiar un poco el mundo. La libertad para mí era un acto responsable e inteligente, y me oponía fieramente a que vivir fuera una enfermedad lenta y decadente.

De niño había vivido en mitad de un paisaje muerto, de una tierra herida por la sumisión, había vivido en mitad de uno de esos ornamentos de pesadilla donde las palabras siempre se quedaban atrapadas. Las casuchas desmedradas sobrevivían en una pobre arquitectura. En las mañanas mezuquinas, exornadas con el canto de gallos desplumados, miraba yo las bocas deshuesadas de mis hermanos y al pequeño Fermín chupando los pezones flácidos de mi madre. Entre rosarios y caciques iban transcurriendo esos tijeretazos de tiempo a los que llamábamos días. Olía a sotana y crucifijo, a bozal y yugo, a folklore barato, a putas destronadas, a niños expósitos, a sombra y desaliento ... Sobrevivíamos en ese clima de asma y opresión, se beatificaban toda esa sarta de estupideces y mentiras que aparecían bajo la forma de milagros y bienandanzas en los documentales del No-Do, asistíamos a la multiplicación de la miseria, y a la exaltación memorable del

Glorioso. El cura daba misa diaria, lanzaba sermones desde el púlpito que enderezaba a toda la feligresía y por cada pecado que absolvía en el confesionario, crecía su influencia sobre las beatas del lugar, que lo convertían en custodio de sus más innombrables deseos.

Vivía con ansiedad de corsa perseguida, buscaba una palabra que cubriera aquella desnudez que me asolaba cuando pecaba a conciencia robándole chocolate al hijo del boticario. Los días de colegio transcurrían en mitad de una asfixia gris en la que debíamos pedir perdón a Dios, tirar del tintero para escribir con esmerados trazos la historia reciente de España, y poner la mano para que el maestro nos puliera la compostura. Recuerdo como si fuera ahora la primera vez que D. Ramón me castigó. Después del primer rezo del día, nos sentamos para rotular la fecha: 30 de septiembre de 1952. El maestro, con una regla en la mano, se iba acercando a cada uno de los pupitres para repasar la primera tarea, que exigía limpieza y buena caligrafía. Sus ojos de sapo se detuvieron en mi cuaderno, apretó las mandíbulas y su frente se bastardeó con una vena nudosa y torcida. Un diminuto río de tinta se derramaba desde el último trazo hasta mitad de la página.

"¿Otra vez, Anastasio? ¿Aún no ha aprendido a utilizar la pluma? ¿No le parece lamentable que a los ocho años sea usted un perfecto inútil?" Dijo el maestro colocándome la regla de madera bajo la barbilla. Extendí la mano para recibir el castigo. El maestro alzó la regla en el aire y cuando iba a fustigar la palma, enrojecida aún por el último ataque, desvió el golpe y estrelló el arma contra el tablero. "¿Ha estudiado usted la lección de hoy, Anastasio?" Yo asentí con la cabeza. "Póngase de pie y conteste. ¿Qué celebramos mañana?" me preguntó. Yo con la voz temblorosa le respondí: "Mañana, primero de octubre, celebramos el día del Caudillo." D. Ramón: "¿Quién es el Caudillo y qué ha hecho por España?" Yo: "D. Francisco Franco Bahamonde. El Caudillo, un militar, salvó a España luchando contra el funesto régimen marxista, y liberó con sus tropas todo el territorio nacional." El maestro riendo con soma expuso: "Veamos, Anastasio, ¿quién dice usted que es el Caudillo?" Y yo volví a repetirlo: "El Caudillo, un militar, salvó a España luchando contra el funesto régimen marxista." D. Ramón lleno de cólera sentenció: "¿Un militar?, así que un militar, es decir un militar cualquiera. Es usted un inútil, Anastasio, un verdadero inútil. Me agarró por las orejas y me condujo al encerado donde escribió en letra mayúscula: "ILUSTRE MILITAR Y GRAN ESTADISTA". Luego me ordenó: "Lea, Anastasio, despacito." Tragándome las

lágrimas leí silabeando: "l-lus-tre mi-li-tar y gran es-ta-dis-ta." D. Ramón dirigiéndose al resto de la clase gritó : "A partir de hoy no quiero ni un sólo error de semejante índole ¿Me oyen?."

Una afirmación rotunda, pronunciada al unísono por todos los escolares, sonó en el aula.

El maestro se dirigió nuevamente a mí: "Usted, Anastasio, pasará hoy todo el día en el cuarto de los burros . No recibirá su ración de leche en polvo, y copiará cien veces: *"El Caudillo es un ilustre militar y un gran estadista . Tenemos en Franco una fe sin límites"*

El maestro me condujo a un cuarto estrecho y sin ventanas, situado detrás de la capilla de la escuela. Encendió el candil que había colgado en la pared, y cerró la puerta con llave. Antes de marcharse gritó desde fuera: "Anastasio, no saldrá usted de ahí hasta que no haya finalizado sus tareas."

Era la primera vez que era encerrado en el cuarto de los burros. Mis faltas anteriores siempre habían sido reparadas a golpes de regla, o sujetando dos pesados libros, arrodillado , de cara a la pared, y con los brazos extendidos. Repasé la estancia y a la luz del candil descubrí una techumbre baja, fabricada de vigas de madera podrida, el suelo de tierra apisonada, y las paredes llenas de desconchones donde crecían diminutos hongos. El cuarto de los burros era tal y como me lo había descrito Paquito El Mocos, el niño de la clase, que había pasado más tiempo encerrado allí por sus errores en las cuatro reglas.

Me senté en un pupitre astroso que había junto a la puerta y empecé a hacer las copias, cuidando que la pluma no chorreara tinta. Estuve allí hasta bien entrada la tarde.

Cuando me hice hombre quise dejar de pertenecer a esa casta de resignados que cumplían la obligación inútil de comulgar los domingos y las fiestas de guardar. Me fijé entonces que las mujeres eran más guapas cuanto más alejadas estabas de los fogones y las enaguas, y lograban su máxima belleza cuando se desinteresaban por completo de la virginidad, el matrimonio y los bastidores de bordado. El presente era otro. Éramos cofrades de una hermandad sin jerarquías, compartíamos el entusiasmo de salir de casa con una mano delante y otra detrás, dispuestos a comernos el mundo. El sufrimiento había sido nuestro aprendizaje, la miseria nuestro arrastre hacia el cambio, la adversidad afrontada una manera de

aceptar que la felicidad no debía parecerse todo el tiempo a la condolencia.

Recuerdo cómo cada viernes iba con otro compañeros de facultad al Libertas, un club donde cantaba Esperanza, alumna de tercer año de Derecho. Cada noche de viernes el bar era un hervidero de universitarios y pensadores, que habían encontrado en la joven una voz que los representaba. Fue Mario, un estudiante de Filosofía, el que me la presentó. Admiraba a una mujer capaz de desafiar al Régimen con tan sólo una guitarra. Poco a poco me fui enamorando, de su música primero, y de toda ella después. Al acabar la función la acompañaba a casa y permanecía allí hasta el amanecer. En aquellas horas de la noche ambos aprendimos a amarnos sin reservas. Sabíamos que el amor era algo limpio, algo hermoso como una canción. No había por qué esperar a una boda para quererse con plenitud y descifrar el lenguaje de la piel, no quisimos aguardar, como era costumbre, que un sacerdote tripudo y colorado sentenciara la unión ante un Dios que no comprendíamos y que ya ni siquiera era nuestro.

Una fría noche de viernes, veinticinco de enero de 1968, estando el local abarrotado se presentó el coronel Anals, acompañado de tres de sus hombres. Se acercó al escenario donde cantaba Esperanza y quitándole con violencia la guitarra la partió contra el suelo. Rompió luego el foco de un disparo. El Libertas hermético, temeroso, cabrilleaba con los tonos apagados de los fanales acoplados en la barra. El coronel, de mirar ceñudo, le colocó una pistola en la sien y le dijo: "Vamos, hija de puta, a ver si eres ahora capaz de cantar". Yo me acerqué a defenderla pero los culatazos de varios fusiles, y los numerosos puntapiés de los soldados me derribaron. Esperanza fue detenida y conducida al cuartelillo más cercano donde fue interrogada.

CORONEL ANALS (*mirándola embravecido*): ¿Quién te has creído que eres, zorra?

ESPERANZA (*con los ojos puestos en los ojos centelleantes del coronel*): Yo canto a la libertad.

CORONEL ANALS (*manoteando*): Al libertinaje y a la corrupción es a lo que tú cantas, si es que puede llamarse canto a eso que haces. Verás, preciosa, en este país existen unas normas que tú estás desobedeciendo.

ESPERANZA: ¡Maldito dictador!

CORONEL ANALS (*se acerca y la abofetea*): Nadie habla así del Caudillo, gracias

a él nuestra patria se ha salvado. No puede tolerarse que cuatro sabandijas como tú estropeen la nación que con tanto esfuerzo él ha levantado.

ESPERANZA (*cantando*): Porque mi voz tiene alas de paloma blanca, porque me brinca el corazón en el pecho como un potro salvaje, porque pienso, siento, amo, y lucho, porque ...

CORONEL ANALS: ¡Calla, puta!

Esperanza sintió que en su cuerpo se alzaba una ola fría, pero engulló las lágrimas, y levantó la cabeza con altivez. Pasó dos años en la cárcel, acusada de ser una agitadora y una mujer de dudosa moral. Durante todo ese tiempo yo la estuve esperando, y removí cielo y tierra para liberarla. El día que salió libre apreté su pequeña carne de papel mojado contra mi pecho. Busqué sus labios y sorbí la miel que todavía manaba de ellos, busqué sus ojos y encontré de nuevo la mirada grande y limpia que un día descubriera en el Libertas. Nos casamos poco después, en una breve ceremonia civil. A los dos años de matrimonio nació Pablo, nuestro único hijo, y desde entonces nos dijimos que aquel niño y todos los de su generación merecían tener todo aquello de lo que nosotros fuimos privados.

Hace tres años que Esperanza murió. ¿Dónde se ha quedado todo aquello por lo que luchamos si ni siquiera ya mi casa me pertenece? ¿Para qué han servido tantos años de entrega si ahora nuestras vidas se subastan como cualquier otra mercadería? Mientras un corro de bausanes lanzan desde sus tribunas de oro promesas para ilusionar a una casta de desarraigados, alrededor de los contenedores se disputan la basura una multitud, desvelada por el hambre y el cansancio, una multitud cuya actitud será más vehemente y menos estoica desde el instante en el que de las puñeteras basuras solo sean comestibles los cartones.

Mañana quizás yo también esté entre ellos, avanzando cansinamente hacia el final de la función, con el asco de vivir enroscado en las vísceras y en el alma. Saldré de mi casa, con setenta años a las espaldas, camino de ninguna parte. Y ustedes, señores, continuarán con los bolsillos bien llenos y el techo asegurado de por vida. Son ustedes los amos del garito y las naderías y, ya se sabe que las naderías, como todo globo inflado con un gas de poco peso, se elevan. Mientras los temas profundos no germinan, la estupidez siempre asciende y se propaga como

una epidemia, y ustedes están enfermos, muy enfermos de estupidez y han convertido sus conciencias en un largo pudridero. Ustedes han malgastado mucho tiempo intentando explicar las cosas y han empleado muy poco en tratar de entenderlas. Pero tengan en cuenta que todos los proscritos como yo, no creemos ya en el socorro espiritual de las sotanas, ni en la decencia del denso y confuso entramado del Sistema.

Mañana yo, Anastasia Puentes, atravesaré las calles sin esquinas de una ciudad cualquiera, buscando un lecho donde vomitar nostalgias, sintiendo otra vez ese dolor tan tenso que me arranca el habla y que me niega. Mañana volveré a comprobar que no pueden nacer amapolas en las alcantarillas, ni rosas en las melenas despeinadas de las putas que sólo conocen las normas imperativas de la supervivencia. Mañana me mezclaré con esos hombres que han muerto y no lo saben y deambulan por ahí sin preguntas ni deseos, tomando whisky en la barra de un bar sordomudo y mediocre. Mañana, cuando anochezca, me acercaré al puente, me encorvaré un rato sobre la baranda, y admitiré la inutilidad de una espera que hace tiempo que ha perdido la naturaleza de su propia existencia. Podría hacer el último esfuerzo ya sin miedo, podría sentir las aguas oscuras del río arrastrándome, colándose hasta mis entrañas, inundando esta angustia honda, librándome para siempre de esta impotencia curva, de este dolor vertical que me atraviesa la sangre y la conciencia. Podría hacer lo mismo que hizo Pablo, mi hijo, saltando hacia el abismo. Pero no voy a permitirlo. A pesar de todo, no quiero actuar como un cobarde dejándoles a ustedes la victoria. Mañana, después del dolor, después de la rabia, después de esta negrura, saldré a la calle y encontraré el abrazo furtivo de otro combatiente inmerso en mi misma batalla, recibiré su aliento, seremos capaces de maravillarnos aún dándole un nombre al futuro. Mañana emprenderé la última fuga hacia el triunfo que es mi propia vida. Al rematar esta carta les digo que los viejos también lloran, pero también les aseguro que esas lágrimas no serán el preludio de la derrota.







